**Capítulo I: El Patio de las Cadenas**

La llovizna ácida caía más fuerte aquella mañana, como si el cielo quisiera purgar la plaza de Umiel antes de que la sangre fresca manchara el fango. El Patio de las Cadenas estaba atestado: padres apretando los hombros de sus hijos, ancianos murmurando plegarias, mercaderes aprovechando la multitud para vender pan duro y carne seca. La humedad impregnaba el aire con un olor agrio, mezcla de hierro oxidado, grasa rancia y desesperanza.

En el centro, doce niños esperaban su turno, con la rigidez de soldados y el miedo de corderos. El barro frío les llegaba hasta los tobillos, pegajoso como si el mismo suelo quisiera tragárselos.

Lance estaba al final de la fila. Podía sentir las miradas sobre él, como flechas clavándose en su espalda. Un murmullo lo alcanzó desde la multitud, un sonido que ya le era familiar:  
—Ese es el hijo de Lyra.  
—¿La ciega? ¿La exsacerdotisa?  
—No… el que trajo la desgracia.

Lance apretó la mandíbula. El eco de las palabras de su madre le golpeó la memoria como un látigo: *"Cuando hablen de ti, no escuches. Escucha lo que callan. Eso es lo que temen."*

A su lado, Kael trataba de sonreír. El hijo del panadero tenía la esperanza pintada en la cara, pero la sonrisa le temblaba como el pan mal fermentado.  
—Hoy nos eligen, Lance —susurró, con el entusiasmo nervioso de quien aún cree en los cuentos—. ¿Te imaginas? ¡Quizás nos lleven a Badra!  
Lance lo miró, frío.  
—No hay gloria en la montaña, Kael. Solo muerte.  
Kael frunció el ceño, incómodo. La réplica se le murió en la garganta. Prefería abrazar la mentira dulce antes que enfrentar la verdad desnuda.  
Detrás de ellos, otra voz infantil, amarga como ceniza, se alzó:  
—Deja que sueñe, Lance. No todos nacimos para escupir veneno. —Era Daren, hijo de un curtidor, con cicatrices tempranas en las manos y un resentimiento más viejo que él mismo.  
Lance no giró a mirarlo. Sus palabras eran tan inofensivas como el ladrido de un perro encadenado.

Un cuerno retumbó, un sonido que cortó el aire como un cuchillo. La multitud calló al unísono. Desde las puertas del palco descendieron los sacerdotes. Pálidos, envueltos en túnicas blancas que no conocían el barro, sus pasos eran lentos, solemnes, como si bailaran con la propia muerte.

Y detrás de ellos, la Sacerdotisa Valeria. Sus ojos eran fragmentos de hielo quebrado, fríos y cortantes. Su sola presencia obligó a la multitud a inclinar la cabeza. Todos… menos Lance.  
—Que empiece la prueba de la espada —anunció Valeria. Su voz no era alta, pero resonó como un trueno contenido.

Un arca de hierro negro fue arrastrada al centro por acólitos de rostro enjuto. Cuando la abrieron, un vapor helado se expandió entre las primeras filas, arrancando jadeos. En su interior, sobre terciopelo raído, yacía la Espada de la Prueba.  
No era un arma de batalla. Era un artefacto delgado, de metal pálido, con una empuñadura sencilla, casi incompleta. No tenía filo, pero todos sabían que cortaba de formas que la carne no comprendía.

Uno a uno, los niños avanzaron.  
Una niña de cabello rojo fue la primera. Tomó la espada con ambas manos. Nada, al inicio. Luego, un espasmo recorrió su brazo y la hoja emitió un resplandor blanco, tenue como luna de invierno.  
Valeria asintió, casi aburrida.  
—Apta. Para los establos.  
Los padres de la niña sollozaron de alivio. No era la gloria, pero era vida.

El turno de Kael llegó. Lance vio cómo su amigo tragaba saliva, cómo sus dedos temblaban antes de cerrarse en torno a la empuñadura. La espada brilló con un resplandor cálido, dorado, inusualmente fuerte. La multitud susurró con asombro.  
Valeria se inclinó apenas, con un destello de interés en sus ojos de hielo.  
—Fuerte conexión. Apto. Serás enviado a las atalayas del norte, hijo del horno. Aprenderás el vuelo del grifo.  
Kael sonrió, eufórico, lanzando una mirada triunfal a Lance antes de ser apartado hacia los elegidos.

Y entonces, solo quedó él.  
El silencio se volvió pesado, expectante. La llovizna golpeaba la espada con un *tic, tic, tic*, como la cuenta regresiva de un reloj oculto.  
—Adelante, muchacho —dijo Valeria, y ahora su voz era afilada, hambrienta—. Lance, ¿verdad? Hijo de Lyra la Clarividente. Demuestra que la desgracia de tu madre no te ha contaminado.

Lance caminó hacia el arca. El barro se le colaba entre los dedos de los pies descalzos. No miró a la sacerdotisa, ni al público. Solo a la espada. Sintió el peso de la historia, de la tradición, del miedo colectivo… y lo despreció.  
Sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura.  
El frío fue instantáneo, mordiendo hasta el hueso. Luego, un dolor punzante, como si la empuñadura estuviera hecha de espinas invisibles. Contuvo un grito, apretando los dientes. La hoja permaneció opaca, muerta.  
Un suspiro de decepción recorrió la multitud. Valeria frunció el ceño, molesta por la falta de espectáculo.  
—No apto. Puedes volver a tu…  
Pero él no soltó la espada.

El dolor cambió. Se volvió calor abrasador. Un zumbido profundo comenzó a emanar del metal, vibrando en los dientes de todos.  
Y la hoja no brilló.  
Se oscureció.  
Un negro absoluto, voraz, devoró la luz alrededor, como si un fragmento de noche se hubiera incrustado en el metal. De esa oscuridad surgieron hilillos carmesí, como venas de sangre corrupta que serpenteaban por la hoja.  
El zumbido se tornó un aullido metálico, como el lamento de una bestia herida.

La multitud retrocedió en estampida contenida. Los sacerdotes se persignaron con manos temblorosas.  
Valeria se puso en pie de un salto. El aburrimiento desapareció de su rostro, reemplazado por una máscara de shock y… triunfo.  
—¡Suéltala! —gritó, su voz ahogada por el estruendo.  
Pero Lance no podía. La oscuridad de la espada trepaba por su brazo, un hielo ardiente. Vio visiones fugaces: una montaña negra contra un cielo sangriento, una ciudad de torres retorcidas, y unos ojos antiguos y hambrientos abriéndose en las profundidades de la tierra.  
Con un esfuerzo sobrehumano, abrió los dedos.  
La espada cayó al fango con un sonido seco, y la oscuridad se desvaneció al instante, dejando el metal tan pálido e inocente como antes.  
El silencio fue absoluto. Solo la llovizna, testigo imperturbable.

Valeria descendió del palco, su túnica blanca manchándose de barro. Se detuvo frente a Lance, que jadeaba, la mano derecha humeante, marcada con un enrevesado patrón de quemaduras negras en la palma.  
Lo estudió no como a un niño, sino como a un espécimen raro. Una sonrisa terrible curvó sus labios.  
—No apto para los grifos, ni para los establos, ni para la infantería —declaró, y su voz retumbó en el patio—. Lance, hijo de Lyra… apto para la Montaña. Apto para Badra.  
Un murmullo de horror recorrió a la multitud. Era una sentencia de muerte con otro nombre.  
—Un elegido va a la montaña —susurró alguien, y el pánico se dibujó en cada rostro.  
Valeria se inclinó, y solo Lance escuchó sus palabras, venenosas como cuchillas:  
—Tu madre intentó ocultarte de tu destino. Mira cómo eso le funcionó. Badra te reclama, muchacho. Y al final… todos servimos al Rey.

El viento soplaba áspero, cargado de ceniza húmeda y de un olor agrio, como si los páramos exhalaran su resentimiento. La silueta del templo de Noruk dominaba el horizonte: un colmillo de piedra negra que parecía más cercano de lo que estaba, burlándose de la distancia real.

Las tres ofrendas seleccionadas se detuvieron en una elevación baja, desde donde podían contemplar dos senderos, uno a cada lado de un gran bosque con colinas ondeantes.  
A la izquierda, el cauce seco del río Althar se extendía como una cicatriz de arena blanca en la tierra. Su trayecto era más largo, pero ofrecía refugios ocasionales: cuevas horadadas por el agua siglos atrás, restos de árboles muertos que aún servían de sombra. Sin embargo, todos sabían de los merodeadores que acechaban en esa ruta: bandidos, carroñeros, e incluso los llamados Cuervos de Barro, que robaban a cualquiera para venderlos como esclavos en las ciudades del sur.  
A la derecha, la Landa Susurrante se extendía como un mar de hierbas pardas y ondulantes. Allí, el suelo engañaba: firme a un paso, traicionero al siguiente, tragando cuerpos enteros en arenas movedizas invisibles. Y por la noche… estaban los susurros. No voces humanas, sino ecos distorsionados que repetían pensamientos, miedos y secretos que nadie había pronunciado en voz alta. Quien caminaba demasiado tiempo allí, solía olvidar si los pasos que oía eran los suyos.

Kael escupió hacia la hierba reseca, su expresión endurecida por el miedo que trataba de ocultar.  
—El río es más largo, sí, pero al menos hay agua cerca… o restos de ella. Y si encontramos carroñeros, bueno… —trató de sonreír, aunque se le quebró la voz—. Podemos defendernos con piedras, palos… algo encontraremos.

Elara no lo miró. Sus ojos grises permanecían fijos en la Landa. Su voz fue un susurro contenido, firme, como si hablara consigo misma:  
—Los susurros muestran lo que eres. No me asustan. Prefiero el atajo.  
Kael giró hacia ella, incrédulo.  
—¿No te asustan? ¿Has oído las historias? Gente que regresa con el pelo blanco, con los ojos vacíos… ¡si regresan!  
Elara ladeó la cabeza apenas, un gesto frío.  
—Las historias solo tienen poder sobre quienes creen en ellas.

Lance, hasta entonces en silencio, levantó la mano marcada por la espada. La quemadura aún ardía, y parecía vibrar como si el mismo aire de los páramos la alimentara. Se dio cuenta de que ambos caminos tenían resonancias diferentes en su herida: el cauce seco la enfriaba, la adormecía; la Landa, en cambio, la hacía palpitar con un dolor sordo y expectante.  
—No son caminos —dijo, finalmente—. Son pruebas. Y la montaña sabrá cuál tomamos.  
Kael lo miró con impaciencia, casi suplicando.  
—¡Entonces elige tú, Lance! Tú eres el marcado, el maldito, el que parece saber cosas que ninguno entiende. Dinos: ¿río o susurros?  
Elara no dijo nada, pero sus ojos grises se clavaron en él, fijos, intensos, como si esperara comprobar si su destino valía la pena seguirse.

El viento sopló de nuevo, levantando un polvo amargo que se les metió en la boca y los ojos. El templo de Noruk permanecía distante, inmóvil, esperando.  
El viaje apenas comenzaba. La decisión recaía en ellos.

La ruta del río seco se extendía ante ellos como una cicatriz en la tierra, un lecho de piedra caliza y grietas que serpenteaba entre llanuras de arena infinitas. No había refugio. El sol, un ojo blanco y despiadado en el cielo, quemaba sus espaldas a través de las delgadas túnicas. Cada paso levantaba polvo que sabía a sal y hueso molido.

—¡Corred! ¡Más rápido! —jadeó Kael, su optimismo inicial convertido en puro pánico—. ¡No podemos parar aquí!  
Las fogatas de los carroñeros brillaban como ojos de demonio en la lejanía, señales ominosas de que no estaban solos en el yermo. Grupos de despojadores que merodeaban, esperando que el desierto hiciera el trabajo sucio por ellos antes de recoger los restos.

—Este fue un error —bufó Elara, su rostro grisáceo contraído por el esfuerzo y el calor—. La Landa Susurrante, aunque traicionera, nos habría dado escondites. Aquí somos… presa expuesta.  
—El río nos guía directo —replicó Kael, esquivando una piedra suelta—. ¡Es lo lógico!  
—¿Lógico? —Lance espió por encima del hombro, sus sentidos alerta—. Aquí no hay lógica. Solo hay hambre. Y nosotros somos la cena.

Fue entonces cuando el suelo tembló.  
Un rugido profundo, que surgió de las entrañas mismas de la tierra, hizo retumbar el lecho del río. Una enorme grieta se abrió a sus espaldas, escupiendo polvo y piedras. De ella emergió una bestia de pesadilla.  
Era un gusano del desierto, pero deformado. Piel pálida y translúcida, con venas negras latiendo bajo la superficie. Su boca circular—un espiral de dientes de cristal—se abrió con un chasquido. El olor a carroña y magia podrida los golpeó como un mazazo.

—¡Por todos los dioses! —gritó Kael, paralizado por el terror.  
—¡NO TE QUEDES MIRANDO! ¡CORRE! —rugió Lance, empujándolo.

Los tres echaron a correr, el miedo prestándole alas a sus pies cansados. La bestia se hundió en la tierra y volvió a emerger metros más adelante, más cerca, sacudiendo el suelo bajo ellos. Su avance era errático, pero imparable.  
Elara, ágil como un gamo, esquivó una embestida directa. Kael tropezó, cayendo de bruces contra el suelo pedregoso. Lance se detuvo un instante para ayudarle a levantarse.  
—¡Mi tobillo! —gimió Kael, cojeando desesperadamente.

Ese instante de piedad fue todo lo que la bestia necesitó. Surgió de la tierra justo entre ellos, separándolos. La enorme boca de dientes se abalanzó sobre Kael.  
—¡LANCE! —fue lo último que gritó el hijo del panadero. El monstruo no se lo tragó de golpe. Lo engulló lentamente, desde los pies. Lance vio la capa raída de Kael desaparecer, los destellos de sus ojos, llenos de una incredulidad horrible, mirándolo fijamente, suplicando, hasta que la oscuridad de la fauces lo ocultó para siempre. El crujido húmedo de huesos y el sonido de la tela siendo desgarrada resonaron en el aire quieto.

No hubo tiempo para el duelo. La bestia, satisfecha con su bocado, giró su atención. El terreno seguía cediendo a su paso. Lance y Elara corrieron en direcciones opuestas, divididos por el caos. El rugido de la bestia se alejó, persiguiendo a la chica hacia el este. Lance oyó otro grito, corto y seco, seguido de un silencio repentino que fue mucho más aterrador que los rugidos. Luego, el suelo se abrió bajo sus propios pies.

Cayó.

La oscuridad lo envolvió. Rodó por una pendiente de tierra suelta y piedras, golpeándose contra las paredes de una caverna subterránea que había permanecido oculta bajo el lecho del río. El aire se enfrió de repente, húmedo y cargado con el olor a hierbas secas y algo metálico, como cobre viejo.

Aturdido, jadeando, se incorporó dolorosamente. La luz del agujero por el que había caído se filtraba débilmente, iluminando una pequeña cámara natural. Y allí, sentada en un trono de raíces retorcidas y huesos pulidos, estaba una figura.

Una anciana. O lo que quedaba de una. Su piel estaba como pergamino estirado sobre un esqueleto, surcada por marcas oscuras que parecían circuitos de tinta corrupta. Sus ojos eran velados por una catarata blanca, pero Lance supo de inmediato que podía verlo. Y no con los ojos. La magia la había carcomido, se había alimentado de ella durante tanto tiempo que era difícil decir dónde terminaba la mujer y empezaba el hechizo.

Entre sus manos huesudas, sostenía una piedra. No era grande, quizás del tamaño de un puño, pero era lisa, oscura, y en su centro, incrustada como una garra, había una runa que emitía un tenue pulso de luz morada.

—Otro hijo perdido de Umiel —la voz de la anciana era un crujido, como hojas secas pisoteadas—. El desierto reclama a los débiles. El fuerte… encuentra otros caminos. O otros caminos lo encuentran a él.  
Lance se puso en guardia, aunque apenas podía tenerse en pie.  
—¿Quién eres?  
—Una guardiana. Una carcelera. Lo que prefieras. —Movió la mano hacia la piedra rúnica—. Guardo esto. Espero. La pregunta no es quién soy, sino… ¿qué haces tú aquí, Lance, hijo de la desgracia?

El que supiera su nombre le heló la sangre.  
—¿Cómo…?  
—El mundo susurra. Solo hay que saber escuchar. —Se inclinó hacia adelante, sus articulaciones crujieron—. El chico que cayó antes que tú… quería gloria. Quería poder. Quería vivir. Su respuesta fue egoísta, y el desierto se lo tragó. Otro antes que él deseó riquezas para comprar su libertad. Ahora yace como polvo en su vientre. Tú… caíste por no abandonar a un amigo. Es una razón diferente. Así que te haré una pregunta.

Sus ojos ciegos parecieron perforarlo.  
—¿Qué es lo que deseas? No me hables de supervivencia. No me hables de venganza. Habla desde el fondo de tu ser. La verdad. Solo la verdad tiene valor aquí.

Lance contuvo la respiración. Las mentiras se agolparon en su mente: quería sobrevivir, quería demostrarles a todos que estaban equivocados, quería volver a casa… Pero eran capas de cebolla, excusas que se pelaban hasta llegar al núcleo. Recordó la espada oscura, la visión de la montaña negra, los ojos hambrientos, la marca ardiente en su mano. Recordó la frase de su madre. Escucha lo que callan. Eso es lo que temen.  
Y entonces, lo supo.  
—Deseo… —su voz fue un susurro ronco al principio, luego se fortaleció con una convicción que lo sorprendió— …entender. Entender por qué. Por qué la espada se oscureció para mí. Por qué mi madre fue exiliada. Qué secreto esconde Badra que todos temen tanto conocer. Deseo la verdad, aunque me queme con ella.

El silencio llenó la caverna después de sus palabras. La anciana no se movió. Luego, una sonrisa lenta, que agrietó aún más su rostro, se dibujó en sus labios.  
—La verdad… —murmuró, como saboreando la palabra—. Un deseo peligroso. Es el más pesado de todos los cargos. Pero es puro. No está manchado por la ambición vana o el miedo.

Extendió sus manos, ofreciendo la piedra rúnica. La runa morada palpitó suavemente.  
—No te daré un arma. No te daré poder sobre otros. Te daré una llave. Esta runa es un fragmento de un pacto más antiguo que Badra, más antiguo que los mismos dioses que ahora adoran. Pertenece a la verdad primera, a la lengua de la tierra y la piedra. Llévala. No te protegerá. No te guiará. Pero cuando te encuentres ante una puerta cerrada por la mentira, o un muro construido sobre secretos… esta runa encontrará la grieta. Te mostrará la verdad oculta. Y tú decidirás qué hacer con ella.

—Elige, Lance. Toma la llave, y acepta que tu camino estará iluminado por verdades que pueden cegarte. O déjala, y sigue tu viaje en la cómoda penumbra de la ignorancia.

Lance no lo dudó. Su mano, aún ardiente por la marca de la espada, se cerró alrededor de la piedra rúnica. Al instante, una descarga fría y vibrante le recorrió el brazo, un contrapunto glacial al fuego que ya habitaba en su palma. Las dos sensaciones, hielo y fuego, chocaron en su muñeca con un dolor agudo y revelador.

Fue entonces cuando la anciana gritó, con una voz que ya no era un crujido sino un quejido de absoluto terror: "¡No! ¡Tú no eres un elegido! ¡Eres una de esas cosas herejes!" Su forma comenzó a desmoronarse, no en arena, sino en un fino polvo negro que se dispersó en el aire silbante, dejando solo el eco de su horror y el olor a ozono. La piedra en la mano de Lance ya no era una piedra. La runa morada ardía ahora en su palma, fundida sobre la marca de su palma, un sello de hielo y fuego.

Una punzada de instinto primal, el mismo que le había advertido del gusano, le gritó que debía moverse. YA.  
Empujado por una adrenalina nueva, corrió hacia el fondo de la caverna. Un túnel bajo y estrecho se abría allí. Se arrastró durante lo que sintió como una eternidad, la roca rasgando sus hombros, guiado solo por el pulsar helado de la runa en su mano. El aire cambió, volviéndose más frío, más delgado, con el olor a altitud y piedra nevada. Tras un esfuerzo eterno, una tenue claridad le guiaba desde adelante.

De pronto, la cueva se abrió abruptamente. La neblina era espesa, un manto de vapor frío que se aferraba al suelo y oscurecía todo más allá de unos pocos pasos. Pero al levantar la vista, el corazón le dio un vuelco.  
Allí, recortada contra un cielo plomizo y gris, estaba la silueta inconfundible de la montaña.   
No era la visión distante y amenazante desde Umiel. Estaba cerca. Tan cerca que podía distinguir las grietas profundas en sus laderas, las sombras negras de cañones ocultos y la imponente mole del Templo de Noruk, que desde aquí parecía una espina clavada en la carne misma de la montaña. El viaje que debería haber llevado días se había comprimido en horas, gracias al atajo subterráneo forzado por la bestia y la caída.

La neblina serpenteaba a sus pies, ocultando el terreno inmediato, pero la ruta estaba clara. Tenía que cruzar el último tramo del páramo que separaba la cueva de la base de la montaña. Un terreno abierto y expuesto, pero corto. Muy corto.  
Con la runa fundida en su palma, apretó el puño. El aire aquí era diferente; más pesado, con un regusto metálico que se le pegaba al paladar. El susurro de la anciana resonaba en su mente: "Te mostrará la verdad oculta."  
No sabía cómo, ni cuándo, pero sabía que ese sello era ahora parte de su destino tanto como la marca en su mano o la montaña que lo llamaba.

Ajustó el zurrón a su espalda, sintió el peso mísero de sus provisiones, y dio el primer paso fuera de la cueva, adentrándose en la neblina que lo separaba de Noruk. No sabía si Elara había sobrevivido, o si Kael había sido el único precio que el desierto había cobrado. Solo sabía que estaba vivo, y que había llegado.  
El último tramo de la cacería había comenzado. Y esta vez, él no era solo la presa.

El aire en la base de la montaña era denso y quieto, cargado con el peso de la piedra y el susurro de lo antiguo, no era la primera vez que alguien le decía maldito o hereje. Lance se fundió con las sombras, su delgada figura una ventaja inesperada en este lugar de piedra y oscuridad. Se movía no como un guerrero, sino como un suspiro, deslizándose entre las grietas de los peñascos y las sombras profundas que el sol de la tarde no podía alcanzar. Su cuerpo, a menudo motivo de burla en Umiel por su apariencia frágil —huesudo, de ojos grandes que siempre parecían estar viendo más de lo debido— se convertía aquí en su mayor arma.

Escaló con una agilidad nerviosa, los dedos encontrando presiones invisibles en la roca áspera, los pies descalzos sintiendo cada irregularidad. La runa en su palma parecía vibrar en sintonía con la montaña, una sorda frecuencia que le recorría el brazo. No era un latido amistoso, sino la advertencia de un corazón de piedra.

Finalmente, sus manos se aferraron al borde de un último saliente. Se impulsó y se encontró en el inicio de un camino tallado directamente en la ladera de la montaña. Y más allá, el comienzo de la escalinata.

No era solo una escalera. Era una proclamación de poder y de prueba. Dos colosales pilares de troncos de ébano petrificado, tan negros que parecían absorber la luz, se alzaban a cada lado del primer peldaño. No estaban tallados con decoraciones; eran ásperos, antiguos, como los huesos de un gigante enterrado hace eones. En la parte superior de cada pilar, una antorcha de hierro retorcido aguardaba, apagada.

Lance contuvo la respiración. No había guardias a la vista, solo el vacío silencioso y la escalinata que se perdía hacia arriba, envuelta en neblinas altas. Con la cautela de un animal que huele la trampa, dio un paso adelante y cruzó el umbral invisible entre la roca natural y el camino a Noruk.

Fwhoom. Fwhoom.

Las dos antorchas se encendieron al mismo tiempo, de repente, con una llama fría y azulada que no crepitaba, sino que silbaba suavemente. No emitían calor. Su luz era espectral, iluminando los primeros peldaños con una claridad implacable que hacía que las sombras parecieran más profundas.

El corazón de Lance galopó en su pecho. No había nadie. No había mecanismo visible. Era magia pura, un guardián impersonal que anunciaba su llegada a cualquier cosa que habitara arriba.

Levantó la mirada, siguiendo el trazo de la escalinata tallada en la montaña. Los peldaños subían en una pendiente brutal, serpenteando y desapareciendo en las nubes bajas que rodeaban la cima. Eran incontables. Cientos. Miles. No se podían numerar, era una escalera hacia el cielo mismo, hacia la boca del mismísimo infierno del continente. Cada peldaño era un desafío, una burla a su cansancio, a su hambre, a su miedo.

Pero al final, en lo alto, recortada contra el cielo crepuscular, estaba la puerta del Gran Templo de Noruk. Masiva, de un metal oscuro que relucía con la luz azul de las antorchas, marcada con runas que le escocían en los ojos solo de mirarlas. Era el fin del viaje. El principio de todo lo demás.

No había vuelta atrás. Las antorchas ardían, testigos silenciosos de su presencia. Había sido visto.

Con la mandíbula apretada y la runa pulsando en su palma, Lance puso un pie en el primer peldaño. La piedra era fría a través de la suela de su pie descalzo. Fría como la tumba.

Empezó a subir.

El tiempo se desvaneció, perdido en el ritmo monótono de subir un peldaño tras otro. La escalinata no era solo una prueba física; era una herramienta de molienda diseñada para triturar la voluntad. Los escalones se multiplicaban ante sus ojos, una ilusión tortuosa que hacía que la cima, por un momento más cercana, de repente pareciera retroceder otra vez hacia el cielo plomizo.

El sudor le corría por la espalda, mezclándose con el polvo y la sal de su piel para formar barro en los surcos de la marca de la espada y la runa. Cada músculo de sus piernas gritaba, convertido en una masa dura y dolorida que apenas respondía. La respiración le quemaba los pulmones, cada bocanada de aire frío de la montaña era un cuchillo que le serraba por dentro. El zumbido en su palma, aquella frecuencia sorda que lo conectaba con la piedra de la montaña, se había intensificado hasta volverse un martilleo constante, un recordatorio pulsante de que se acercaba al corazón de algo antiguo y terrible.

Avanzó por pura obstinación, por el deseo feroz de negarle a Valeria, a Umiel, a todo ese mundo que lo había condenado, la satisfacción de verlo fracasar. Su mente, enturbiada por la fatiga, ya no registraba la cuenta de los escalones. Solo existía el siguiente. Y el siguiente.

Y entonces, de repente, no hubo un siguiente.

El último peldaño fue solo eso: una losa plana que daba a una meseta amplia y desolada, tallada en la propia cima de la montaña. El sonido de sus propios jadeos era lo único que rompía el silencio absoluto. El anhelado premio, la meta de su suplicio, no era más que esto: un páramo vacío y una puerta.

Ante él, se alzaba la puerta del Templo de Noruk. No era de metal, como había imaginado desde abajo. Era de una piedra negra y bruñida, más alta que cinco hombres y tan lisa que reflejaba su propia figura demacrada y temblorosa. No tenía bisagras, ni cerraduras visibles, ni aldabas. Estaba cubierta por intrincadas runas talladas que parecían moverse en la penumbra, serpenteando como gusanos pálidos bajo la superficie de la roca. Mirarlas le producía un vértigo instantáneo, una náusea que le revolvía el estómago vacío. La luz moribunda del crepúsculo teñía el conjunto de un color sangriento.

El sol, a lo lejos, era solo un cortante arco carmesí que se desvanecía rápidamente tras los picos lejanos, despidiéndose del día y sumiendo la meseta en una fría penumbra azulada.

Lance se desplomó de rodillas, no por reverencia, sino porque sus piernas simplemente se negaron a sostenerlo por un segundo más. Apoyó las manos en las frías losas de la meseta, la respiración aún entrecortada y brutal. El viento helado le golpeó el sudor de la frente, haciéndolo estremecer violentamente. Tomó una gran y profunda resoplada de aire, tratando de domeñar el temblor que recorría su cuerpo exhausto.

Con un esfuerzo sobrehumano, se obligó a ponerse de pie. Las piernas le flaqueaban, negándose a cooperar. Su viaje, su sentencia, todo terminaba aquí. No había guardias, ni bienvenida, ni siquiera una maldición. Solo la puerta muda y la vasta, vacía soledad de la cima.

Se volvió hacia la inmensa losa de piedra. No había nada más que hacer. No había otro camino. Con la mano que no ardía —la izquierda—, extendió los dedos temblorosos. El aire vibró con una tensión estática que le erizó el vello de los brazos. Su palma derecha, el doble sello de fuego y hielo, palpitó con un dolor agudo y repentino, como si algo al otro lado hubiera sentido su presencia.

Justo antes de que sus yemas de los dedos rozaran la superficie glacial de la piedra, las runas talladas en la puerta brillaron con una luz cegadora y opresiva, un destello mudo de color púrpura oscuro que no iluminó nada, sino que pareció devorar toda la luz restante del crepúsculo.

La oscuridad no fue una pérdida de la conciencia; fue una entidad viva que se abalanzó sobre él. No fue un desmayo, fue una aniquilación sensorial instantánea. No hubo sonido, no hubo luz, no hubo frío ni calor. Solo el vacío absoluto y la certeza aplastante de haber tocado algo que nunca debía ser tocado.

Su cuerpo, al que ya no sentía, cayó pesadamente contra el suelo de la meseta, tan inerte y insignificante como una piedra más ante la impasible puerta de Noruk. El último vestigio de su conciencia se apagó, no en sueños, sino en la nada más absoluta.

La oscuridad no fue una pérdida de la conciencia; fue una entidad viva que se abalanzó sobre él. No fue un desmayo, fue una aniquilación sensorial instantánea. No hubo sonido, no hubo luz, no hubo frío ni calor. Solo el vacío absoluto y la certeza aplastante de haber tocado algo que nunca debía ser tocado.

Su cuerpo, al que ya no sentía, cayó pesadamente contra el suelo de la meseta, tan inerte y insignificante como una piedra más ante la impasible puerta de Noruk.

La nada no fue eterna.

De las profundidades de su inconsciencia, surgió una visión, o un recuerdo, tan vívido y doloroso como la marca en su palma.

\*¡Lance, corre! ¡No mires atrás! \* La voz de una mujer, desgarrada por el terror y una amorosa desesperación. El chisporroteo de llamas devorando una cabaña. Figuras encapuchadas, sus siluetas distorsionadas por el calor que emanaba del círculo de runas ardientes a sus pies. En el centro del círculo, un niño pequeño, atado, yaciendo sobre un altar de piedra musgosa. Él. El frío del cuchillo ritual contra su mejilla.

—¡La profecía se cumplirá esta noche! —rugió una voz ronca y fanática—. ¡La sangre del clarividente abrirá el camino!

Y entonces, un relincho que no era de este mundo. Un destello de luz plateada, pura y antigua, irrumpiendo en el claro. Un hombre alto, de pelo blanco como la nieve y ojos que brillaban con la luz de las estrellas, alzaba un bastión de ébano. No lanzó un hechizo, sino que la magia misma lo obedecía, deshaciendo los círculos, apagando las llamas con un susurro de viento glacial. Los cultistas gritaron, no de dolor, sino de puro terror al ser disueltos, sus formas deshechas en sombras y luego en nada.

El hombre se arrodilló junto al niño, sus ojos estelares llenos de una tristeza infinita.

—Lyra, lo siento… llegué demasiado tarde para ti —murmuró hacia el cuerpo sin vida de una mujer tendido cerca—. Pero no para él. —Sus dedos, cálidos y llenos de arrugas, acariciaron la mejilla del pequeño Lance—. El peligro es demasiado grande. Debes olvidar. Olvidarás para vivir. Hasta que sea a hora.

Un toque en su frente. Y luego… nada. Un largo, profundo y protegido olvido. Un niño entregado a la caridad de un pueblo lejano, Umiel, con una sola herencia: un nombre y el desprecio de todos por la "desgracia" de una madre a la que no podía recordar claramente.

La conciencia regresó a Lance como un puñetazo. Jadeó, incorporándose de golpe en la fría meseta. Las lágrimas le ardían en los ojos, mezclándose con la suciedad de su rostro. No eran lágrimas de miedo, sino de una pena antigua y rabia, un duelo por una madre y una vida robadas.

La puerta de Noruk estaba ahora abierta.

No se había movido. No había girado sobre goznes. Simplemente… ya no era sólida. Era un umbral de oscuridad vibrante, un velo de sombra líquida que se ondulaba suavemente, prometiendo y amenazando a la vez.

Y de ella, una figura emergió.

No era un guardián armado. No era la Sacerdotisa Valeria.

Era el hombre de pelo blanco. Faris. Pero unos años más viejo, con el peso de los siglos y la culpa grabados aún más profundamente en su rostro. Sus ojos estelares, esos mismos que había visto en la visión, se posaron en Lance, y en ellos no había sorpresa, solo un reconocimiento fatigado y una profunda pena.

—Lance —dijo su voz, que era como el crujir de pergaminos antiguos y el susurro del viento entre las estrellas—. La Espada te ha juzgado. La Puerta te ha llamado. Y tu sangre… siempre te traicionaría hasta este lugar.

Se hizo a un lado, gestando hacia la oscuridad que hervía en el umbral.

—El olvido fue un escudo. Ahora, la verdad será tu espada. Entra. esto no es una montaña, es una prisión. Y tú… no eres su elegido. Eres su llave. Y ellos lo saben.

Lance se puso de pie, tambaleándose. El dolor de la memoria era más debilitante que el de sus músculos. Miró la runa en su palma, que ahora pulsaba con una luz morada tenue, en sintonía con la oscuridad del umbral. Recordó las palabras de la anciana de la cueva: "Te mostrará la verdad oculta." Y las de su madre: "Escucha lo que callan."

No había vuelta atrás. Umiel era el pasado, una mentira. Esto, esta oscuridad, esta verdad dolorosa, era su destino.

Con un último respiro del aire frío de la superficie, Lance, hijo de Lyra, la clarividente, el niño sacrificado, el marcado por la espada, dio un paso firme y cruzó el umbral de Noruk. La oscuridad lo envolvió, pero esta vez, no era vacía. Estaba cargada de respuestas.

La puerta, o lo que fuera, se solidificó tras él, dejando a Faris solo en la meseta, bajo la fría luz de las estrellas, contemplando el lugar donde el destino de un mundo acababa de cambiar para siempre.